

La Tradición Popular

Año: 2021
No. 244



Un oficio ancestral a punto de desaparecer: La cestería de Amatitlán

Aracely Esquivel Vásquez

El Centro de Estudios de las Culturas en Guatemala –CECEG—de la Universidad de San Carlos de Guatemala fue creado en sus orígenes el 8 de julio de 1967. La ciencia, como la vida y la sociedad misma, están en constante cambio y desarrollo. La Universidad de San Carlos de Guatemala para responder a los nuevos retos de la investigación multidisciplinaria sobre las dinámicas culturales, el 24 de julio de 2019 inicia una nueva etapa de dicho centro, pues su mandato, que se aprobó por el Honorable Consejo Superior Universitario en el “punto SEGUNDO, Inciso 2.1 Subinciso 2.1.1 del Acta No. 18-2019 de sesión ordinaria celebrada el día 24 de julio de 2019”, tiene como finalidad estudiar la cultura desde una visión holística, dinámica, en constante construcción y como base del desarrollo de la sociedad guatemalteca, en un contexto contemporáneo, caracterizado por la interrelación global de las diferentes manifestaciones culturales. Esta finalidad la realiza potencializando toda la tradición heredada de los estudios denominados “folklóricos” en la época anterior, y respondiendo a la necesidad de entender y estudiar los entramados de las dinámicas culturales actuales.



Un oficio ancestral a punto de desaparecer: la cestería de Amatitlán

Aracely Esquivel Vásquez

Resumen

La cestería es una actividad tradicional en muchas comunidades y es un claro ejemplo de la riqueza y variedad de la cultura material. La artesanía popular guatemalteca tiene una marcada influencia de la cultura indígena que es notoria en la cestería, en los tejidos y en la cerámica. Los artesanos mestizos han asimilado esa herencia que se refleja en las formas y técnicas empleadas en la producción de las obras que se trabajan con materiales recolectados en el medio ambiente, especialmente los que sirven para elaborar los canastos. La necesidad e importancia de contribuir al conocimiento de la cultura popular tradicional del municipio de Amatitlán, permitió formular el objetivo primordial de la investigación, que consistió en registrar la producción artesanal que identifica a esta población y determinar si estos oficios contribuyen al desarrollo económico local y a la lucha contra la pobreza. Y, en ese sentido, también se plantearon los objetivos específicos que constituyen una descripción del proceso de elaboración de la cestería, los estilos que se fabrican, los materiales utilizados, su comercialización y precios.

Con base en el trabajo de campo realizado en enero y febrero de 2020, se identificó que solamente se trabaja la cestería y en la actualidad, únicamente hay un artesano dedicado a esta labor. Por lo tanto, en este artículo se describe el proceso artesanal de la hechura de estos objetos de gran valor de uso en la población

guatemalteca. También, se incluye información de las canastas puperas, así como de los canastos de tapa.

Palabras clave: artesanía, cestería, canastas puperas, vara de castilla, Amatitlán.

An ancestral craft near to disappear: basketry in *Amatitlán*

Abstract

Wickerwork is a traditional activity in many communities as a clear example of the richness and variety of material culture. Guatemalan handcrafts have a marked influence from indigenous culture that is noticeable in basketry, textiles, and ceramics. Mestizo artisans have assimilated a heritage that can be observed in the ways and techniques used in the manufacture of crafts that are elaborated with materials collected in the environment, especially those used to make baskets. The need and importance of sharing the knowledge of the traditional popular culture of the municipality of *Amatitlán*, made it possible to determine the primary purpose of this research was to register the artisan production that identifies this population and to establish whether these trades contribute to local economic development and to fight poverty.

In that sense, some specific purposes were to describe the process of making baskets, the styles created, the materials used, how are them sold and at what prices. Based on the field work

carried out in January and February 2020, it was identified that only one craftsman is devoted to basket weaving. Therefore, this article describes the craft process of these objects that are of great use and valued among Guatemalan population. Also, information on the *puperas* baskets, as well as baskets with lids is included.

Keywords: Handcrafts, wickerwork, *puperas* baskets, reed of *Castilla*, *Amatitlán*

Introducción

Las artes y las artesanías populares son un claro y vivo ejemplo de la riqueza y variedad de la cultura material de Guatemala. La diversidad de los productos manifiesta la enorme creatividad y destreza de las manos de los laboriosos artesanos y artesanas. Atrás de estas manifestaciones de cultura material, está un capital humano con una visión del mundo y de la vida que conforman un complejo sistema de costumbres y tradiciones que se plasman en objetos tangibles, producto del conocimiento que adquieren a través de la tradición oral, vertida de generación en generación, a lo largo de los años. Es innegable que las artesanías son una de las formas de expresión de las costumbres, tradiciones y las relaciones sociales que establece la gente de cada región con su entorno natural.

Se realizó trabajo de campo en el municipio de Amatitlán, que dista a 27 kilómetros de la ciudad de Guatemala y forma parte de los municipios de la Mancomunidad Gran Ciudad del Sur (Salinas, 2018). En la búsqueda de los artesanos conocidos por su trabajo manual en la fabricación de cestas y canastas, solamente se encontró a una persona que aún realiza esta reconocida labor artesanal en el ramo de la cestería. En el presente artículo se dan a conocer las formas creativas del único artesano cestero en plena labor en la mencionada comunidad, lo cual se logró con esta investigación, cuya temática de estudio trata sobre los objetos tejidos con vara

de castilla (*Gynerium sagittatum*) que dan nombre a este ramo artesanal de uso común, tanto de la población indígena como de la mestiza. Lo que motivó y determinó la importancia de realizar esta investigación en Amatitlán fue que esta comunidad se cuenta como zona conurbana de la ciudad capital, lo que causa que haya gran influencia de las industrias y del comercio. Esta condición permite suponer que cada vez habrá más tendencia de las personas a usar productos industriales para uso cotidiano, así como para adornos. De allí que esta exploración sea una labor de rescate por la importancia económica que aún tienen los canastos, que otrora fueron una producción abundante que constituyó parte del patrimonio de sus pobladores, especialmente de los habitantes del barrio San Lorenzo.

Se reconoce que la cestería es un trabajo con raíces ancestrales que fue producido aún antes de la cerámica y los textiles, pues muchas vasijas antiguas, descubiertas en excavaciones arqueológicas, copian las formas de otros recipientes hechos de mimbre (Tsetlin, 2018). Por ello, la necesidad e importancia de contribuir al rescate y difusión de la cultura popular tradicional del municipio de Amatitlán. De allí que se haya formulado el objetivo de esta investigación el registrar la producción artesanal que identifica a esta población y determinar si estos oficios contribuyen al desarrollo económico local y a la lucha contra la pobreza. En este sentido, los objetivos específicos que se plantearon constituyen una descripción del proceso de elaboración de la cestería, los estilos que se fabrican, los materiales utilizados, así como su comercialización y precios como aporte económico.

Para la recolección de los datos se utilizó el método etnográfico de investigación cualitativa. Se aplicaron las técnicas de la entrevista estructurada, observación participante y se hizo registro fotográfico del proceso de elaboración. También se documentó con base en el método

histórico donde se consultaron textos sobre aspectos relacionados al tema.

Se contó con la colaboración del reconocido cronista del municipio de Amatitlán, señor Oscar Fajardo, así como también con el profesor Erick Blanco, la señora Zuly López, que proporcionaron información sobre el tema a investigar. Se revisó bibliografía de fuentes informativas: textos, periódicos y monografías con temas especializados sobre el lugar y, principalmente, relacionados con los tejidos de cestería. Estas consultas se realizaron en las bibliotecas de la Casa de la Cultura y la Municipalidad. Así como también, se abordaron personas conocedoras de la historia local, con la finalidad de obtener una amplia información sobre las labores artesanales de esta comunidad, de los artesanos cesteros y su ubicación en la población. En ese sentido, se obtuvo la opinión de la profesora Aracely Judith Samayoa Godoy de Pineda galardonada con el título “Historiadora Local, otorgado por la misma comunidad amatitlaneca” (González, 2016, p. III).

Breves datos geográficos e históricos del municipio de Amatitlán

Amatitlán fue creado como departamento por Acuerdo Gubernativo del 8 de mayo de 1866, en atención a la solicitud hecha por la municipalidad de San Marcos para que “este distrito fuera elevado a la categoría de departamento” (Gall, 2000, p. 95). Sin embargo, 69 años después, el departamento de Amatitlán fue suprimido por el Decreto Legislativo número 2081 que literalmente dice:

La asamblea legislativa de la República de Guatemala Considerando: Que es conveniente para los intereses del país la supresión del departamento de Amatitlán, __Por Tanto: Decreta: *Artículo 1°.* Se suprime el Departamento de Amatitlán. *Artículo 2°.* Los municipios de Amatitlán, Villa Nueva, San Miguel Petapa y Villa

Canales quedan incorporados al departamento de Guatemala, y los de Palín y San Vicente Pacaya al de *Escuintla*__ el cual entra en vigor a partir del uno de julio. Dado en el Palacio del Poder Legislativo en Guatemala, el veintinueve de abril de mil novecientos treinta y cinco (Gall, 2000, p. 95-96).

El municipio tiene una extensión territorial de 114 kilómetros cuadrados. Se encuentra a una altura de 1,296 metros sobre el nivel del mar. Limita al Norte, con Villa Nueva, Petapa y Villa Canales (Guatemala); al Este con Villa Canales; al Sur con Villa Canales, (Guatemala), Palín y San Vicente Pacaya, (Escuintla); al Oeste con Santa María de Jesús y Magdalena Milpas Altas, (Sacatepéquez). Durante el periodo indígena, los pueblos de Amatitlán formaban posiblemente un señorío o cacicazgo autónomo, vinculado al señorío de Petapa (Gall, 2000, p. 96). Celebra su fiesta titular del uno al cinco de mayo en honor a La Santa Cruz.

Esta población tenía capacidad para sostenerse con sus propios recursos, que eran principalmente “maíz, frijol, pescado y las industrias de sal, papel, canastos y esteras o petates de tul” (Gall, 2000, p. 96). Como se podrá ver la elaboración de los canastos ya estaba estimada dentro de las industrias, lo que significa que la producción era abundante. Por otra parte, se considera importante mencionar que, por muchos años, “la principal fuente de riqueza de Amatitlán lo constituía la grana” (Gall, 2000, p. 101).

Sobre la etimología del nombre, “autores mexicanos han escrito que el nombre provenía de amate, o amtl, y de tlan, que puede significar cercado, o rodeado” (Gall, 2000, p. 97). De acuerdo con Gall (2000), en varios documentos aparece Amatitlán con el nombre de “Chichoy voz cakchiquel que significa en el lugar de la laguna”.

Dentro de la flora particular de este municipio, se destaca “El timboque con flores de intenso color amarillo considerado como el árbol que representa al municipio de Amatitlán, el color de la bandera municipal está inspirado en el color amarillo, estos árboles adornan los cuatro puntos cardinales de Amatitlán” (Fajardo, 2019, p. 30). Según Fajardo (2019), el máximo galardón que otorga la Casa de la Cultura en la premiación de los “Juegos Florales Nacionales de la Ciudad de Amatitlán, es denominado Timboque de Oro”.

Resulta interesante destacar que una de las distracciones relevantes hacia la década de 1960-1970 eran las “lunadas”. Para “los abuelos, una lunada era una reunión de amigos y conocidos en las noches de luna llena a la orilla del lago. Se compartían gratos momentos alrededor de una fogata. Leyendas sobre seres fantásticos, versos y chistes, no podían faltar” (Fajardo, 2019, p. 32).

Las actividades religiosas de esta población giran en torno a la adoración y veneración de tres patronos: San Juan Bautista, que es el nombre que lleva la Parroquia; la Virgen del Rosario y la imagen del Niño Dios de Amatitlán, que según los relatos orales, “los poqomames la encontraron y le tomaron mucho afecto hasta que el santo hermano Pedro de San José de Betancourth inició la devoción al Niño Dios y fue consagrada el 30 de abril de 2017” (Fajardo, 2019, p. 34).

Sobre la historia de Amatitlán, también se cuenta con los escritos de los cronistas que escribieron sobre este municipio y que se considera importante mencionar. El fraile irlandés Tomás Gage, quien estuvo en Guatemala entre 1625 y 1637, encontrándose aún en Mixco, refirió que “cansado de vivir entre indios, y enfadado de ver el poco fruto que yo sacaba, no atreviéndome, a causa de la inquisición, a predicarles la verdad del evangelio, que hubiera podido volverlos

buenos y verdaderos cristianos en el alma...” (Gage, 2010, p. 436-437).

Según lo narrado por Tomás Gage, ante tal descontento, le escribió al provincial que estaba entonces en Chiapas haciéndole ver el deseo que tenía para regresar a su patria pues ya contaba con el permiso que había recibido del general de la Orden de Santo Domingo de Roma para regresar a su tierra. Tomó esta decisión porque además percibía que Antonio de Soto Mayor, señor del pueblo de Mixco, “lo aborrecía por haber hecho desterrar a dos habitantes de su pueblo y haber hecho un insulto público a los Fuentes a causa de su idolatría...” (Gage, 2010, p. 437).

Sin embargo, el provincial, sabiendo que Gage tenía “perfecto conocimiento de la lengua Poconchí” (Gage, 2010, p. 437), no le permitió la salida y para obligarlo a quedarse en Guatemala, lo nombró vicario del pueblo y convento de Amatitlán. No estando conforme con tal decisión, esperó a que el provincial estuviera de retorno a Guatemala, para hablar personalmente y exponerle las razones que tenía para abandonar el país y volver a su patria. Al respecto relata:

Yo acepté, pues, libremente el encargo del pueblo de Amatitlán, donde podía ganar mucho más que en los otros dos en que había yo permanecido cinco años enteros; porque además de que aquel pueblo era más grande que Mixco y Pinola [Pinula] juntos, la iglesia mucho más llena de imágenes de santos que las de estos pueblos, y que también había muchas cofradías de sus dependencias, además recibía mucho del molino de azúcar de que he hablado antes, que estaba cerca del pueblo y del cual recibía todos los días ofrendas de los negros y españoles que vivían en él (Gage, 2010, p. 438).

En el mismo relato, Gage menciona que también tenía a su cargo otro pueblo más pequeño de nombre San Cristóbal de Amatitlán, el que actualmente se conoce como Palín y que estaba

distante a dos leguas de Amatitlán. En este lugar se producían abundantes piñas, que eran buscadas por los españoles para preparar conserva, por la comodidad del molino de azúcar. Era el dulce más delicado que había comido el fraile en Guatemala. Hubo, según el relato de Gage, “muchos indios ricos que trafican en la costa del mar del Sur, abundan los árboles frutales” (Gage, 2010, p. 438). Árboles como el cedro abundaban y explotaban la madera que vendían en Guatemala para la fabricación de casas.

Durante el tiempo en que Tomás Gage vivió en Amatitlán, también tuvo a su cargo otro pueblo más pequeño llamado “Pampichi, situado al pie de una montaña, del otro lado del lago; no era otra cosa más que una capilla pendiente del gran Amatitlán a donde yo iba a divertirme” (Gage, 2010, p. 439). De manera que, podía escoger entre los tres pueblos para su solaz y esparcimiento.

Según la narración de Gage, no quería estar en este pueblo por la carga tan pesada de llevar a cabo la construcción del edificio para el convento. Siguió intentando encontrar una solución para salir de Amatitlán y rogó al provincial que lo sacase. Logró lo que podría llamarse una permuta entre él y el vicario de Petapa, quien concluyó la obra del convento en Amatitlán. Finalmente pudo dejar el pueblo y con ayuda de unos amigos logró vender sus pertenencias y salió a escondidas.

Por otra parte, también se cuenta con lo escrito por don Antonio de Fuentes y Guzmán, que en 1690 en su obra *Recordación Florida*, sobre Amatitlán escribió:

como país digno de particular atención, yace, sito en este excelente valle, el pueblo de *San Juan Amatitlán*, de numeroso pueblo, de feraz y abundante territorio, excelente y templado temperamento, recreables salidas y alegre y saludable cielo, con vientos sanos y desenfadada

formación de su material aspecto, trasplantado del pueblo de *Pampichín*, que hoy prevalece con pobre y estrecha vecindad, á el de *Tzacualpa*, desmoronada ruina después de su acertada transmigración á el desenfadado y saludable valle en que hoy se goza aumento y crecido este pueblo excelente de *Amatitlán*: cuya etimología de la lengua *pipil* es y corresponde á *correo de carta*, de *amat*, que es la carta, y *titlán*, el correo (De Fuentes, 2012, p. 425).

El arzobispo don Pedro Cortés y Larraz cuando visitó su diócesis en 1769, anotó que: “El pueblo de Amatitlán está situado en llanura, pero en profundidad y encerrado por todas partes de montañas; Amatitlán es cabecera del curato con dos pueblos anexos: 1° San Juan. 2° San Pedro Mártir” (Cortés, 1958, p. 211). En su descripción indica que “a la parroquia de San Cristóbal Amatitlán, le correspondía el pueblo de San Juan Amatitlán, a 3 leguas de la cabecera. En esa época había 81 familias de indios con 254 personas y 158 familias de ladinos con 432 personas” (Cortés, 1958, p. 211-212). Resaltó la variedad de cosechas e indicó sobre la crianza de ganado. El idioma que se hablaba era el pokomán [poqomam]. Refirió que había escuela donde los niños asistían por las mañanas y las niñas, por las tardes (Cortés, 1958, p. 113).

Hacia el año 1800, el bachiller Domingo Juarros describió al poblado de la siguiente manera:

San Juan Amatitlán pueblo de mucho nombre, cabecera de curato; hállase plantado en una llanura, rodeada de cerros altos que la hacen triste; pero su inmediación a la laguna del mismo nombre, un hermoso río que le rodea por el lado del Oriente, su temperamento, que pica en caliente, y su cercanía a la capital, hace que sea frecuentado de los vecinos de Guatemala, que se retiran a él, unos por tomar el agua del expresado río, que es específico para varias enfermedades, otros por darse baños, y otros por diversión... El vecindario de Amatitlán se compone, por la mayor parte, de mulatos y de cosa de 200 indios...

El comercio de los moradores de este pueblo consiste en la pesca de mojarras, cangrejos y camarones, que hacen en la citada laguna; en la siembra de sandías y melones; en la fábrica de cestillos y esteras; y otras cosas que llevan a vender a Guatemala (Juarros, 2000, p. 70).

Importancia de las artesanías

Para Costin (2005), las artesanías y los objetos elaborados se entrecruzan con todos los dominios de la cultura, sean estos económicos, sociales, políticos y religiosos. Por eso, las artesanías forman parte de la cultura material y son una actividad que en cualquiera de sus expresiones constituye una de las formas más naturales que posee la persona para expresarse y para crear, aquellas cosas funcionales útiles y satisfactorias que han sido elaboradas para dar respuesta a necesidades materiales y espirituales (Ander-Egg, 1992, p. 114).

Según Ander-Egg (1992), las actividades artesanales pueden clasificarse en diferentes maneras, de acuerdo con los criterios escogidos. Sin embargo, los más difundidos para el autor es la que distingue entre artesanías populares, artesanías artísticas, artesanías utilitarias y artesanías de servicio. Para la República de Guatemala, actualmente la definición de artesanías está regida por la Ley de Protección y Desarrollo Artesanal (1997) que define como Artesanías Populares a todas:

Aquellas expresiones culturales tradicionales, utilitarias y anónimas, producto de la división del trabajo, predominantemente manual, y del uso de herramientas sencillas, cuyas manifestaciones tienen lugar en los campos económico, estético, ritual y lúdico, reconociendo dos clases de artesanías: artesanías populares y de servicio (Artículo 2, p. 1).

La misma ley clasifica a las artesanías populares en artesanías tradicionales, las que se vienen produciendo desde tiempos ancestrales,

conservando diseños y colores originales que identifican, tanto el lugar de origen del producto, como el idioma predominante en la localidad productora y en artesanías contemporáneas o neo-artesanías que siendo elaboradas de acuerdo a los requerimientos que determinan a las artesanías populares, han ido apareciendo para satisfacer nuevas necesidades materiales o espirituales, ya sea conservando en parte, antiguos diseños, producto de la creatividad del artesano con distintivos propios de la comunidad.

Asimismo, especifica las artesanías de servicio como las que no producen ningún bien, pero que sí constituyen una acción que busca llenar una necesidad. Este servicio siempre deberá ser prestado a mano para que sea considerado artesanal.

Además, dicha ley define a las artes populares como aquellas expresiones culturales de carácter plástico dotadas de atribuciones estéticas, tradicionales y utilitarias, producto del trabajo manual, individual, doméstico y del uso de herramientas sencillas. Sus manifestaciones tienen lugar en los campos económico, estético y ritual.

Ander-Egg (1992), define a la artesanía artística como la que expresa de alguna manera el sentimiento estético de un individuo o de un colectivo, y a la artesanía utilitaria como la que produce artículos para satisfacer necesidades para la vida cotidiana pero no necesariamente tienen caracterización artística especial. Tal es el caso de la producción de cestería de Amatitlán.

Generalidades de la cestería

La cestería es un trabajo generalizado en casi todas las culturas del mundo y se ubica entre los recipientes fabricados con fibras. Su origen es impreciso ya que no han quedado restos arqueológicos debido a lo perecedero del material

con que se fabrica este tipo de utensilios (Reyes, 1981), La labor de la cestería es cotidiana desde tiempos muy antiguos. Es un trabajo tradicionalmente utilitario y muy pocas veces se produce con destino ornamental. En Guatemala, se trabajan los productos elaborados con fibras vegetales, pero “la cestería no pasa de formar parte de las labores rurales realizadas sin preocupación estética, pero que resultan al final, muy valiosas, por las vigorosas formas resultantes y las técnicas utilizadas” (Pelauzy, 1977, p. 46).

Sobre el origen de la cestería, autores como Ralph y Hoijer (1974) indican que “se han conservado algunos ejemplares en cuevas de América del sur y de la gran Cuenca del este de América del norte, y aunque no hay tantas evidencias, al parecer, la cestería estaba extendida en el paleolítico” (p. 307). En general, en Guatemala y Mesoamérica la cestería se ha realizado desde la época prehispánica, pero, como refiere Reyes (1981), no se ha encontrado ningún resto de cestería en los proyectos de investigación arqueológica que se han desarrollado en Guatemala. No obstante, la misma autora, indica que:

En la cerámica sí se encuentran testimonios concretos de cestería, ya que se encontró la figura de un hombre que lleva sobre su espalda a otro personaje que va dentro de una canasta, que aparece en un vaso de Chamá, sitio arqueológico de la zona de las Verapaces (Reyes, 1981, p. 5).

Sin duda el hombre ha sabido utilizar los recursos que le proporciona el medio ambiente, y los ha aprovechado para elaborar variados objetos, no solamente para uso cotidiano, sino que también para el culto religioso. La fabricación de cestas ha sido una parte importante en el quehacer diario de muchas comunidades y, sobre todo, para quienes dependen de este oficio. Fray San Bernardino de Sahagún (1830), en su obra *Historia General de las cosas de la Nueva España* al referirse a las labores de cestería anotó:

Los cestos que venden son hechos de diversas maneras, unos tienen divisiones como escritorios, otros las orillas almenadas, y otros son prolongados, y otros para poner en ellos las tortillas, unos de ellos son bastos y otros bien hechos, venden también cestos grandes de cañas gruesas y unos cestillos llanos...unas hacen cuadradas y otras largas y altas, y otras rollizas, ora sean de cañas, ora de palmillas...todas bien hechas y bien tejidas...El oficial de hacer esteras hace unas lisas, otras pintadas, y otras con hojas de palma, con los que también hacen cestos que llama otlatompiatli...Las esteras también son gruesas y largas, unos bastos y otros finos; unos anchos, otros cuadrados y otros largos y angostos; hace también asientos con espaldar y otros que son cuadrados para cabeceras, unos largos y otros pintados, y otros llanos y sin labor (Sahagún, 1830, p. 57-60).

Para Daniel Rubín de la Borbolla la cestería, a pesar de ser sumamente antigua, está poco estudiada, refiere que:

Se le encuentra en todas partes del mundo y está íntimamente asociada con las tareas antiguas de la recolección, cacería, pesca, agricultura, así como con otras artesanías y con las tareas modernas de empaque, conservación, transporte y almacenamiento de todo tipo de objetos y producciones. La cestería para usos prácticos diversos sigue siendo de gran importancia en todo el mundo (Rubín, 1974, p. 169-171).

La cestería en Amatitlán

La fabricación de cestas constituyó en la comunidad de Amatitlán, una parte importante de los quehaceres de un significativo grupo de cesteros que las trabajaban abundantemente. Estas representaban un valioso aporte a la economía de muchos hogares. El barrio San Lorenzo fue cuna de muchas familias de cesteros, a pesar de que “era el barrio más pobre del pueblo. La mayoría de casas eran ranchos de caña y paja, solo había unas cuantas casas de adobe” (Fajardo, 2019, p. 155).

El autor citado refiere que la familia de “don Santiago Gómez y su esposa Francisca Sánchez, con sus hijos Isabel, Cornelio, María y Alberto del Carmen, aunque este último no se interesó por el oficio familiar y en cambio decidió dedicarse a la peluquería y barbería” (Fajardo, 2019, p.156), trabajaban en la producción de canastos y elaboraban una amplia variedad de estilos, que se distinguían de los fabricados en otras partes y que aún prevalecen en la actualidad. Lamentablemente en este barrio que otrora fue el productor mayoritario de objetos manufacturados con caña de castilla, ya solamente queda un artesano de nombre don Luis Alfonso Ramírez González, quien no obstante tener el título de Perito Contador, y al no lograr colocarse en un puesto de trabajo de acuerdo con su preparación, se dedica a reproducir las formas tradicionales que aprendió desde la edad de 7 años, cuando su abuelo paterno, don Alfonso Ramírez, le enseñó, tales como: la copa para adornos florales, el barril, los canastos tanto para el pan como para las tortillas, las canastas puperas y los canastos de tapa, entre otros.

De acuerdo con el relato de don Luis Alfonso, de su familia, que en la mayoría se esmeraban en este oficio, todavía tiene parientes que saben trabajar la vara de castilla, pero ya solo él se quedó produciendo los canastos. ¿Cuáles fueron las razones por las que el resto de la familia abandonó esta labor? Porque muchos de sus familiares lograron obtener un puesto de trabajo asalariado. Y, por otra parte, porque cada vez se hacía más difícil obtener la materia prima, ya que, al escasear en un lugar, tenían que ir a cortarla a otras aldeas y, según contó, se les hacía muy cansado. Para conseguirla, don Alfonso tiene que adentrarse en la montaña, muchas veces bajo el sol y la lluvia, lo cual es una tarea bastante extenuante para luego, volver a casa cargándola sobre el hombro, labor de por sí fatigosa. El crecimiento urbano en Amatitlán ha ocasionado que muchos productos naturales

que se hallaban con relativa facilidad hayan sido desplazados y sean escasos en la actualidad.

La materia prima en la producción cestería es la “caña silvestre conocida como caña de castilla [*Gynerium Sagittatum*]” (Samayoa, 2016, p. 258). Durante varios años, muchas familias del barrio San Lorenzo, trabajaban profusamente estas artesanías, creando variedad de cestos que eran destinados a diversidad de usos tales como:

Tapas para la venta de dulces, canastos para la recolección de café maduro, tortillero, ventilador de frijol y panadero, canastas de diversas formas que son utilizadas por las amas de casa para realizar compras en el mercado o por las vendedoras para exhibir sus productos y la canasta pupera que les sirve a los pescadores para recolectar el Pupo (Samayoa, 2016, p. 258).

Por otra parte, la citada autora refiere que los canastos que tienen forma de “barril los usan como depósito de ropa. Así como también las tapas y canastos para decorar locales comerciales y viviendas. Las canastas de diversos diseños para preparar arreglos florales” (Samayoa, 2016, p. 258).

Entre las piezas que se realizan actualmente y cuya finalidad es la comercialización, están los canastos para tortillas, los grandes para transportar pan recién salido de las panificadoras a las diferentes tiendas y para llevar cargas a los mercados, canastos de cubo, y canastos tipo barril.

¿Qué es y para qué sirve la canasta pupera? En palabras del cronista de la ciudad de Amatitlán, don Oscar Fajardo Gil, quien relató que es un objeto ancho desde la base y conforme se van tejiendo las paredes se va reduciendo hasta terminar en una boquilla en sumo estrecha. Era utilizada, pues en la actualidad ya no se usa, por los pesqueros que llegaban al lago para obtener el pez muy diminuto propio de estas aguas, que les servía de carnada o sebo como popularmente

se le denomina. El procedimiento de la pesca del pececito era simple. Se introducía la canasta a las orillas del agua y los animalitos entraban por montones. A estos pececitos se les conoce en este lugar, con el nombre de pupo (O. Fajardo, comunicación personal, 12 de febrero de 2020).

Se denominan canastos de tapa, a los recipientes planos, verbigracia un azafate. Sirven para colocar la venta de los diferentes dulces que se elaboran en esta población. Pero, también las vendedoras de los mercados colocan sus ventas para que los compradores vean mejor el producto y el proceso de comercialización sea más efectivo (Fajardo, 2020). No obstante, su sencillez, son de gran calidad pues resisten al uso que se les da. Esta actividad desempeña un papel primordial para la mayor parte de la población que los utilizan en sus procesos de comercialización.

Elaboración de los canastos

Para la elaboración de los canastos se necesita contar con la caña de castilla. Una vez que esta llega a casa, las varas se limpian. Se procede a quitar toda hoja y protuberancia que contenga la vara para dejarla a un solo nivel y evitar que las personas al momento de tejer las fibras se lastimen y corten sus manos. Luego, con un cuchillo en extremo filoso, se extraen varias rajadas que, dependiendo del grosor de la caña, podrán lograr entre seis a ocho tiras. Es evidente la habilidad y conocimiento que tiene el artesano al sacar las rebanadas con las que tejerá el producto. Las coloca sobre el suelo y continúa el mismo procedimiento con cada una hasta terminar el manajo que ha recolectado en la montaña.

El trabajo manual de cestería consiste en entretejer fibras de vara de castilla sobre la base de un bastidor que también se fabrica con el mismo material, pero en bandas más anchas. Según referencias etnográficas “los canastos habían

sido realizados originalmente con fines utilitarios para efectuar las tareas de recolección de distintos frutos del monte” (Cardini, 2012, p. 9).

En su elaboración, utilizan técnicas muy simples, y materiales un tanto toscos. La técnica para ejecutar el trabajo es igual a la de la cestería primitiva. El sistema común es el entramado que se inicia con dos grupos de fibras que se colocan en forma de cruz que será el soporte de la urdimbre. Las primeras vueltas del tejido del fondo se hacen con fibras más gruesas para dar firmeza y forma al objeto, luego, las varas se doblan hacia arriba para tejer las paredes del canasto y se continúa tejiendo con las fibras más delgadas, intercalándolas de manera que las rajadas pasan por arriba y por debajo de la trama hasta el tamaño deseado del canasto. El sistema con base circular u ovalada es utilizado para la mayoría de cestas que se producen.

La producción se lleva a cabo al interior del grupo familiar, en los patios de las casas. Pero como ya se indicó, en el barrio San Lorenzo, que otrora existían muchas familias dedicadas a elaborar cestos, para el año 2020 en que se realizó el estudio, solamente se localizó a un artesano cestero dedicado a mantener viva esta tradicional artesanía como elemento de identidad de los amatitlanecos.

En consecuencia, el trabajo es individual y las tareas de obtención del material, producción, distribución y comercialización las lleva a cabo el mismo artífice. La ventaja de trabajar en unidad familiar permite la distribución de las tareas y no recae la responsabilidad en una sola persona. Con la venta de los productos se cubren, en parte, algunas necesidades básicas.

Como se podrá inferir, según la forma de producir, los cestos se catalogan dentro de la categoría de arte popular, por ser un oficio manual, personal y doméstico que se aprende en casa y se transmite de generación en generación. Por otra

parte, las formas de trabajo familiar representan un ejemplo de esta categorización, ya que “la primera función del arte popular es su utilidad y servicio al hombre y cuando el artesano deje de cumplir esta función, sus obras dejarán de considerarse ‘arte popular’” (Rubín, 1974, p. 9).

La materia prima para poder hacer una producción mayoritaria no siempre está al alcance del artesano, por la dificultad de conseguirla ya que la distancia a recorrer es larga, de casi todo un día de camino. Y debido a esa circunstancia, solamente corta lo que su cuerpo es capaz de cargar y llevar a casa. Al terminarse el material, tendrá que volver nuevamente a la montaña a cortarlo para continuar en el oficio de la cestería.

No obstante lo fatigoso de obtener las cañas de castilla, Aracely Judith Samayoa en su obra *Amatitan: Tradiciones*, indica que:

Una de las razones por la que esta artesanía, se ha conservado en Amatitlán, es porque esta región es propicia para el desarrollo de la caña silvestre, crece a orillas del río Michatoya. Cuando escasea, la obtienen en las aldeas Llano de Ánimas, Las Trojes y en municipios del departamento de Escuintla, Palín y San Vicente Pacaya (Samayoa, 2016, p. 258).

Según relato del cesterero don Luis Alfonso Ramírez, la vara de castilla la consigue en la aldea San Jorge, jurisdicción de Amatitlán. Allí, el dueño del terreno se la regala, pero cuando ya la ha extraído en su totalidad, se ve obligado a recolectarla en aldeas cercanas. Algunas veces se la obsequian y otras las tiene que pagar. También se saca de las orillas de los ríos, “la vara es agradecida nace sola” (L. Ramírez, comunicación personal, 14 de febrero de 2020). Comentó, que aún hay suficiente material lo que garantiza la pervivencia de la cestería en este municipio.

Comercialización de los productos

Los productos se venden en el mercado local, así como en su vivienda y a personas particulares que se los encargan. También entrega sus productos de cestería a la Cooperativa UPA, donde le solicitan pedidos voluminosos, según refirió. Cuando tiene que hacer estas entregas, tiene un amigo que le ayuda con “la llenada”, es decir con el tejido de la urdimbre. La “rueda”, o sea la base o araña de lo que será el canasto, es lo más difícil de hacer y esta tarea la realiza don Luis Alfonso, así como el remate de la orilla de los cestos. Para ello se utiliza el mismo material, se ocupan las partes más tiernas de la vara de castilla; se ponen en remojo para que tengan mayor flexibilidad. Los precios varían según el tamaño. Un canasto de estilo barril, cuesta Q75, el de llevar pan, Q40, el florero Q75, para tortillas dependerá del tamaño, el precio más bajo oscila entre Q5, y Q35.

Los canastos tienen un mercado amplio. Son de gran utilidad para el uso doméstico como también en las faenas agrícolas y comerciales. Por consiguiente, la producción y venta de estas artesanías, tanto en su casa, como en el mercado local y regional, “tienen una función dinámica en la vida de un pueblo y, en consecuencia, son parte de su cultura de su modo de vivir y de su sensibilidad” (Tudela, 1968, p. 20).

Comentario final

Don Alfonso, día a día, teje con la vara de castilla, los canastos, y con ello da sentido a su vida y renombre, tanto a su barrio como a la localidad, entretejiendo técnicas cesteras antiguas con materias primas que le proporciona el medio ambiente, y reproduciendo diseños aprendidos de sus abuelos con creaciones actuales como los floreros con los que va tejiendo una historia llena de tradición y esfuerzo.

Y, como acertadamente lo menciona Cardini (2012), al referirse a la enseñanza de un oficio y al respecto refiere que:

La transmisión de los saberes parte de las generaciones anteriores “los viejos”, “los abuelos”, “los antiguos”, son re-transmitidos mediante una especie de “pedagogía informal y doméstica” que además de mostrar una práctica (cestería, cerámica, tejido, etc.) forma-parte-de la “cultura del grupo” y de las identidades puestas en juego. El enseñar consiste, no sólo en la transmisión de los pasos técnicos necesarios para la elaboración artesanal, sino que además está impregnado de la historia de los grupos, en una forma de ver y ser en el mundo (Cardini, 2012, p. 12).

Las artesanías de Amatitlán, más que una tradición, son formas de identidad de los habitantes de esta tierra. Ya que en el pasado hubo, según las referencias escritas y orales, una gran mayoría de artesanos y artesanas dedicados a convertir las varas de castilla, en canastos, canastas, flores, barriles, entre otros. Por otra parte, aunque de confección sencilla, los canastos y canastas se utilizan de diversas formas en las relaciones productivas entre ciertos grupos indígenas. De esa cuenta, aunque en este municipio el grupo originario fueron los poqomames, resulta interesante mencionar que una característica de las relaciones entre los achí, que refiere Barrios (1996) consiste en que “cuando una persona ya no tiene maíz, pide a alguien que ya tiene elote en su milpa, que le dé una canasta de elote, con el compromiso de devolverle una canasta de maíz seco” (p. 36). Entonces, a través de esas relaciones satisfacen una necesidad emergente y obtienen el pago al final de la cosecha.

En términos socioeconómicos, el sector artesanal de cesteros del barrio San Lorenzo, que en el pasado fue gran productor de canastos, probablemente no estuvo articulado a un mercado formal y esa pudo haber sido una de las causas para que los artesanos abandonaran poco a poco este oficio, para dedicarse a otros más rentables.

En ese contexto, la actividad artesanal se realizaba en forma complementaria a otros oficios de índole doméstica y agrícola. La mayoría de artesanos y artesanas en cualquier región de Guatemala, y probablemente del mundo, no dispone de un capital propio que les permita llevar una vida menos trabajosa. Por lo tanto, se ven en la imperiosa necesidad de trabajar y producir a diario para sobrevivir en una economía informal.

Es lamentable que en el barrio San Lorenzo de Amatitlán quede solamente un artesano dedicado a fabricar los distintos cestos para suplir las necesidades tanto económicas como de valor de uso para quienes los compran. Y no obstante que don Luis Alfonso Ramírez se enfrenta a ciertas limitantes por las características inherentes de la economía informal, a diario los trabaja con evidente esmero para mantener el legado heredado de generación que su abuelo le enseñó.

Las personas que ya no trabajan esta artesanía han buscado otras condiciones laborales en la capital y otros departamentos. Lamentablemente, algunos trabajos artesanales no tienen continuidad a lo largo del tiempo y, lo que en un tiempo fue labor de casi todos los integrantes de una familia, ahora es llevada a cabo por solo un integrante que lucha por mantenerla vigente.

Al respecto de este ramo artesanal, aún queda mucho por investigar. Es posible encontrar, en algunas aldeas de este municipio, a otros artesanos ocupándose en esta labor (Fajardo, 2020), pero no fue posible explorar debido a la pandemia del coronavirus, que impidió indagar más en la búsqueda de la riqueza artesanal que sin duda, tiene esta comunidad de pepiteros, como tradicionalmente se les conoce, por la diversidad de dulces que se producen en Amatitlán. En tal sentido, cualquier estudioso con objetividad, estará de acuerdo en que esto es algo que debe seguir siendo investigado. Sirva esta publicación para fomentar los estudios de campo pues

el carácter dinámico de la investigación requiere de un tiempo permanente para poder enriquecer las investigaciones y brindar nuevos aportes.

Referencias bibliográficas

- Ander-Egg, E. (1992). *La Animación y los animados*. España: Marcea, S. A.
- Barrios, L. (1996). Pueblos e historia en la Baja Verapaz. Guatemala: *Revista Estudios No. 56*. Editorial Universidad Rafael Landívar, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (IDIES).
- Cardini, L. (2012). *Producción artesanal indígena: saberes y prácticas de los Qom en la ciudad de Rosario*. Consejo nacional de investigaciones científicas y técnicas. Argentina. Recuperado en: https://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0104-71832012000200005&script=sci_arttext&tlng=es. Consultada el 14 de septiembre de 2020.
- Congreso de la República, (1997). *Ley de protección y desarrollo artesanal*. Tomado de: https://www.congreso.gob.gt/assets/uploads/info_legislativo/decretos/1996/gtdcx141-1996.pdf. Consultada 10 de octubre 2020.
- Cortés, P. (1958). *Descripción Geográfico-moral de la Diócesis de Goathemala*. Guatemala: Biblioteca Goathemala, Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Tipografía Nacional de Guatemala. Tomo II.
- Costin, C. (2005). Craft production. En: *Handbook of Methods in Archaeology*, págs. 1032-1105. Estados Unidos: Alta Mira Press.
- Fajardo, O. (2019). El Timboque. En *Revista Panorama*. 2da. Edición.
- Fajardo, O. (2019). *Tierra de Amatles*. Monografía de Amatitlán. 2da. Edición.
- Fajardo, O. (16 de abril de 2020). Don Chemita Contreras más de 50 años haciendo canastos en Llano de Ánimas. *Blog Lo mejor de Amatitlán*. <http://amatitlanesasi.blogspot.com/2020/04/don-chemita-contreras-mas-de-50-anos.html>. Consultada 12 de octubre de 2020.
- De Fuentes, F. (2012). *Recordación Florida*. Tomo I. Editorial Universitaria. Universidad de San Carlos de Guatemala. Guatemala.
- Gage, T. (2010). *Los Viajes de Tomas Gage a la Nueva España*. Parte Tercera: Guatemala. Guatemala, Artemis Edinter.
- Gall, F. (2000). (Compilador). *Diccionario geográfico de Guatemala*. Guatemala: Tomo IV. Tipografía Nacional.
- González, E. (2016). Prólogo quinta edición. En *Amatitlan (tradiciones)*. Amatitlán.
- Juarros, D. (2000). *Compendio de la historia de la ciudad de Guatemala 1500-1800*. Guatemala: C. A. Editorial Piedra Santa.
- Pelauzy, M. (1977). *Artesanía popular española*. Barcelona: Editorial Blume, colección nueva imagen.
- Ralph, L. y Hoijer, H. (1974). *Introducción a la Antropología*. Madrid: Editorial Aguilar.
- Reyes, A. (1981). Apuntes sobre la cestería en Guatemala. Guatemala: En *La Tradición popular* No. 31, Cefol-Usac.
- Rubín, D. (1974). *Arte popular mexicano*. México: Fondo de Cultura Económica. Primera edición.
- Sahagún, B. (1830). *Historia General de las cosas de Nueva España*. México: Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés, Calle de Santo Domingo de Tacuba. Libro Décimo.
- Salinas, J. (27 de mayo de 2018). *Ejes de acción de la Mancomunidad Gran Ciudad del Sur*. En: https://issuu.com/jannis.salinas/docs/1._ejes_de_acci_n_de_la_mancomunida. Consultada 12 de octubre de 2020.
- Samayoa, A. (2016). *Amatitlan (Tradiciones)*. Quinta Edición. Guatemala.
- Tudela, J. (1968). *Arte popular de América y Filipinas*. Madrid. Instituto de Cultura Hispánica.
- Tsetlin, Y. (2018). The origin of ancient pottery production. *Journal of Historical Archaeology & Anthropology Anthropological Sciences*, 3 (2):209-214.



Figura 1. Cestero, Luis
Alfonso Ramírez González.
(Esquivel)



Figura 2. Limpieza de las
varas de castilla. (Esquivel)

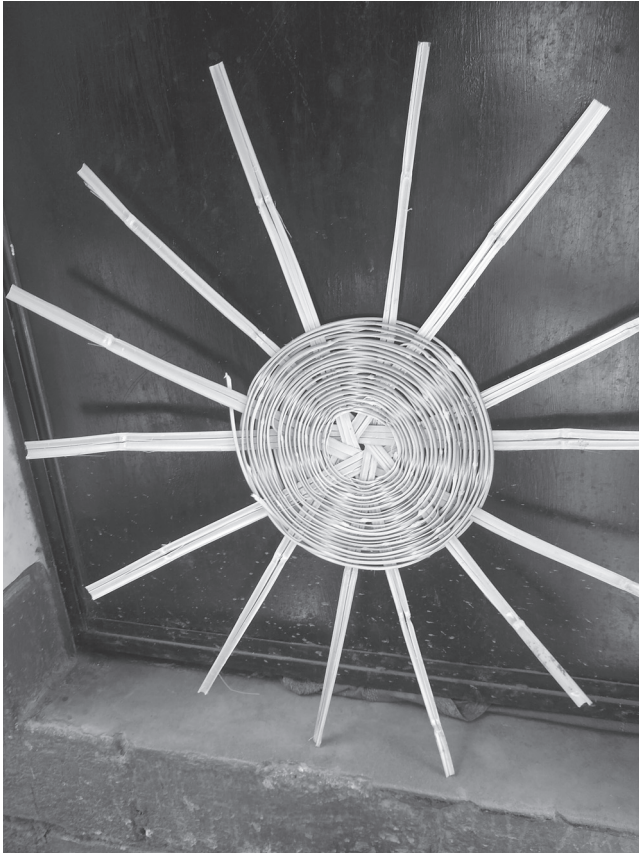


Figura 3. Base para el inicio de un canasto. (Esquivel)



Figura 4. Llenado del canasto. (Esquivel)



Figura 5. Canasto con tapadera para guardar ropa.
(Esquivel)



Figura 6. Vista del interior del canasto.
(Esquivel)



Figura 7. Florero. (Esquivel)

Esta publicación fue impresa en los talleres gráficos de
Serviprensa, S.A. en el mes de noviembre de 2021.
La edición consta de 500 ejemplares
en papel bond 80 gramos.



Directorio

Autoridades Universidad de San Carlos de Guatemala

Rector

Pablo Ernesto Oliva Soto

Secretario General

Gustavo Enrique Taracena Gil

Director General de Investigación

Félix Alan Douglas Aguilar Carrera

Director del Centro de Estudios de las Culturas en Guatemala

Mario Antonio Godínez López

Investigadores titulares

Aracely Esquivel Vásquez

Deyvid Paul Molina

Armantina Artemis Torres Valenzuela

Aníbal Dionisio Chajón Flores

Abraham Israel Solórzano Vega

Byron Fernando García Astorga

Investigadores interinos

Xochitl Anaité Castro Ramos

Erick Fernando García Alvarado

Ericka Anel Sagastume García

Diseño y diagramación de interiores

Diagramación: Maite Sánchez

Revisión de textos: Jaime Bran

Fotografía de Portada

Aracely Esquivel Vásquez

Avenida La Reforma 0-09, Zona 10

Teléfonos: 2231-9171 / 2361-9260 / 2360-3952

Web: <http://ceceg.usac.edu.gt/>

Facebook: <https://www.facebook.com/ceceg.usac/>